

nes; sugerente en propuestas pastorales, pero sobre todo agudo a la hora de enfocar un serio problema: el anuncio "adecuado" de la "auténtica" Palabra para una situación "real-actual".

MIGUEL Á. MEDINA

A. DE VILLALMONTE, *Cristianismo sin pecado original* (Salamanca, Naturaleza y Gracia, 1999) 394 p. ISBN 84-605-9112-3

Desde hace varias décadas el P. A. De Villalmonte ha hecho objeto de su estudio e investigación el tema del Pecado Original (PO), como puede verse por el elenco de las 21 publicaciones, que aparecen al final de la obra que presentamos.

Entre los teólogos católicos existe una intensa preocupación por esclarecer el problema del pecado original (PO). Es raro encontrar hoy a alguien que mantenga las explicaciones ofrecidas por los manuales neoescolásticos de hace unos decenios. Se apuntan reformulaciones que, en algunos casos, conservan el clásico PO en *estado gaseoso* (p. 46). A. De Villalmonte rechaza tanto la explicación clásica como las nuevas reformulaciones y propone como *conclusión teológica* que "todo hombre, al llegar a la existencia, se encuentra en situación teologal de amistad y Gracia de Dios incorporado a Cristo" (p. 115-116). "Nosotros nos hemos decidido con claridad, reiteración y aplomo por la "Gracia inicial" en cada naciente ser humano y contra la presencia en él del "pecado original" (p. 349)

El autor niega que la doctrina del PO pueda deducirse del contenido de Génesis 2-3, o de Rom. 5, 12-21. "El NT desconoce del todo la doctrina teológica (tradicional) sobre el 'pecado original' (p. 53). La afirmación del PO tiene a san Agustín como su verdadero "autor-inventor". En sus controversias con los pelagianos, san Agustín defenderá la absoluta necesidad de la gracia de Cristo para poder realizar obras buenas y alcanzar la salvación. Lo contrario equivaldría a desvirtuar la cruz de Cristo, de su obra redentora universal. Por eso, es preciso afirmar que todos nacemos en pecado, no personal sino de "naturaleza", heredado del primer pecado que hubo en los orígenes. A esta argumentación, Villalmonte afirma que para no ¡desvirtuar la cruz de Cristo! y defender la necesidad absoluta y universal de la redención no se requiere seguir manteniendo la doctrina del pecado original. Se salvaría incluso mejor diciendo que todo hombre nace en estado de gracia (cf. p. 214).

Los textos del Tridentino y otros del Magisterio de la Iglesia (Arausicano II, Catecismo de la Iglesia católica) tienen una intención docente primordial: salvaguardar la sobreabundancia y la necesidad universal y absoluta de la redención de

Cristo. "Finalidad que se consigue más cumplidamente afirmando en el *nasciturus* la presencia de la Gracia de Cristo" (p.350).

"Sería una falta de responsabilidad teológica" seguir defendiendo hoy día la llamada "teología de Adán", y los dones naturales y sobrenaturales que comporta. Eliminada esta teología, cae por su base la del PO. La definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, en contra de lo que algunos piensan, no da pie para confirmar la presencia del PO en los demás hombres, como aducían los teólogos escolásticos; más bien sería lo contrario, puesto que la plenitud de Gracia de inicial de María, abre camino para hablar, con fundamento, de la Gracia inicial en todo hombre que llega a este mundo (cf. pp. 17, 191, 351). Tampoco puede aducirse como prueba de la existencia del pecado original, la praxis del bautismo de niños, pues aunque nazcan ya "santificados en Cristo" es indispensable bautizarlos, a fin de que intensifiquen la santificación consecratoria, propia de los miembros de la comunidad de salvación, la que confiere la Iglesia (p. 192-195).

Por la breve síntesis que hemos hecho de esta obra puede apreciarse la ¡valentía! del autor al derrumbar desde sus cimientos todo el edificio levantado sobre el pecado original. Seguro que muchos lectores se preguntarán si es tan fácil como el autor supone negar validez a la exégesis anterior sobre los textos de la Escritura o de las enseñanzas de Trento y toda la tradición secular. Hubiera sido conveniente que se hubiese extendido más sobre estos temas. Es verdad que él remite a escritos suyos anteriores. Pero quien pueda tenerlos a mano sacará la impresión de que puede tratarse de afirmaciones gratuitas.

De todos modos, esta propuesta de un *Cristianismo sin pecado original* puede tildarse, como el mismo autor supone, al menos, de inaudita y 'novedosa'. Está fundamentada en abundante documentación, se atiende a análisis históricos en la línea de las más recientes aportaciones bíblicas, teológicas, antropológicas. Por eso, estamos seguros que dará que pensar a quienes se ocupan de la Dogmática, la Moral y la Pastoral en la Iglesia.

C. GARCÍA

P. LANGA, *San Agustín y la cultura* (Madrid, Revista Agustiniiana, 1998) 348 p.
ISBN 84-86898-59-5

Juan Pablo II, en la carta autógrafa y fundacional del Pontificio Consejo para la Cultura, hacía notar que "el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo es un campo vital, donde se juega el destino del mundo en este ocaso del siglo XX" (cita del autor p. 50)

Creo que Pedro Langa, buen conocedor de la vida y escritos de San Agustín como demuestra a lo largo de esta obra que presentamos, ha tenido muy presente